

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
Ensayo sobre la filosofía	3	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Pensamientos	16	<i>La Fontaine, Bernard Shaw, Les Tampión y Stefan Weig.</i>
Nuestros clásicos: A las lágrimas de una dama (romance).....	17	<i>Catalina Clara Ramírez de Guzmán.</i>
Cielo azul.....	18	<i>Rufino Saúl.</i>
Glosas	19	<i>Luis Rodríguez-Arias Bernáldez.</i>
Recuerdos: El ama.....	23	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Con- de de Canilleros.</i>
Estampas de La Pasión (poema)	27	<i>Manuel Monterrey.</i>
Evocaciones históricas: Las incursiones de los normandos en la España me- dieval.....	33	<i>Angel Dotor.</i>
Soneto.....	39	<i>Régulo Burelli-Rivas</i>
Preliminar: Las rosas del Perú.....	41	<i>Antonio Fernández Serrano.</i>
El fondo.....	47	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Villancicos: Del cielo espuma.....	48	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Hacia un centenario.....	49	<i>Fray Pedro de la Dedicación de la Virgen del Pilar.</i>
Canción en la piedra	58	<i>Rafael Palma.</i>
El folklore de la Alta Extremadura: Notas de Jaraiz de la Vera	59	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Ideario Extremeño	65	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Comentarios: «El manifiesto de Dresde» y La Mediación universal de la Virgen. El sentido social en las epístolas del Apóstol	66	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Yuste	71	<i>Francisco Balaguer, Pbro.</i>
Figuras de las letras: El novelista astu- riano Alejandro Núñez Alonso.—Artu- ro Gazul	73	<i>Valgut.</i>
Páginas antológicas: Sonetos.....	77	<i>Adelardo López de Ayala.</i>
Crítica sin hiel.....	79	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Barcarola	82	<i>José Maqueda Alcaide.</i>
Concursos literarios	83	
Necrológicas: Manuel Monterrey y Ma- nuel Ostos Gabella	84	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Homenaje a un novelista español: Rober- to Molina	87	<i>José Maqueda Alcaide.</i>
Mirador: Crónica	88	<i>J. de la Navarredonda.</i>
Recensiones	93	<i>José Canal.</i>
Noticia de Revistas	101	<i>C. R.</i>
Libros recibidos	107	
Láminas.....		

Fotos: Nuestros artistas: Cántaro
de cobre repujado, por Eulogio
Blasco; Javier, S. Barranco y
J. Velázquez.



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XVIII

ENERO a JUNIO 1964

Núm. 142

Ensayo sobre la filosofía

I



¿QUÉ decepcionante es la historia de la filosofía! No hay disparate por grave que sea —afirmó Cicerón— que no haya sido concebido por la mente de un filósofo. Bien es cierto que no existe una verdadera filosofía latina. Si no les tentó de un modo sistemático tal actividad del espíritu, nada debe sorprendernos que desdeñen la especulación filosófica.

Reconozcamos, a pesar de todo, que no hay empeño más noble que éste. El drama de nuestra conciencia es ese terrible debate que se entabla entre ella y las cosas. Drama viene de obrar. La conciencia o sentido íntimo, obra, hace, pues todo su existir no es más que una sucesión de actos psíquicos en torno de cuanto la rodea o dentro de ella misma.

¡Qué patético asombro debió de sentir el hombre al verse en medio de un mundo desconocido! Los primeros barruntos de filosofía proceden, como la luz, del Oriente. Cuando los griegos toman en sus manos el cetro de la especulación sólo les acucia el conocimiento del Universo, de la *fisís*. La filosofía griega es al principio una filosofía con techo. Un techo todo lo alto que se quiera, pero un techo al fin. Hay que variarle las entrañas a la naturaleza. Los presocráticos —Tales, Anaximenes, Pitágoras, Heráclito, Parménides— se afanan en tal menester. Incluso Hesiodo, con un arranque más poético que metafísico, gira en torno de la misma cuestión. Han de pasar muchos años para que el hombre comparta con la naturaleza el ámbito de la preocupación filosófica o se sobreponga a la *fisís* hasta llenar por entero su propia mente. ¿Es el hombre la medida de todas las cosas? El agua, el aire, el fuego, la tierra, es decir, las cuatro raíces, según Empédocles, pesan ahora menos en el hombre que el propio hombre, con todos los abismos de

su pensamiento y de su corazón. El movimiento, lo indeterminado de Anaximandro, el número, el devenir: nadie se baña dos veces en el mismo río, el uno de los eleatas, el ser de Parménides y el átomo de Leucipo y Demócrito, están menos vivos en la mente del hombre, que lo hondo y ancho de su vida interior. Los ojos se han vuelto hacia dentro, atraídos por esa sima inmensa que es la conciencia. ¡Qué actividad más tentadora! El gran poema de la filosofía empieza con las ideas inatas de Platón. Antes la filosofía es épica, si se me permite hablar así. A lo cosmogónico, que es lo que está fuera de nosotros, como la luz está fuera del ojo que la percibe, sucede lo psicológico y lo epistemológico. La mirada del hombre, sin desdeñar cuanto le rodea, que sigue desafiándole con la multitud de sus problemas, gira hacia los senos del mundo interior. ¿Para qué serviría el aire si no existiera el pulmón que se beneficia de él, o el aroma si no hubiese olfato, o el lenguaje sonoro de las cosas, si faltase el oído humano que lo oye y aprecia toda la magia de su polifonía? Grande es la idea del Universo, pero no es menos grande el hombre: único actor consciente en el vasto escenario de la naturaleza. ¿Qué es el ser? ¿Cómo conocemos las cosas que están en torno nuestro? Se ha ensanchado enormemente el objeto de la filosofía. Junto a los elementos de la naturaleza está el hombre con su conciencia, con sus imágenes o representaciones, y sus conceptos, y sus apetitos, y su sensibilidad. Todo el valor de las cosas reside en él y depende de él. El gran espectador del mundo empieza a darse cuenta de su papel. Desde Sócrates hasta Heidegger y Zubiri ¡qué sucesión de teorías! ¡Cuánto esfuerzo inútil! ¡Qué tejer y destejer con temblorosa mano — estremecida de un patetismo cósmico— la túnica del conocimiento!

Mas la Creación requiere una primera causa, una mente ordenadora. No hay efecto sin causa; no hay movimiento sin móvil. He aquí una ortopedia del pensamiento que deberá sobrepasar toda disquisición en contrario. La idea de Dios es tan impositiva, que no se concibe la tardanza con que aparece en el mundo de la especulación. Es algo así como construir una casa empezando por el tejado. Sin embargo, fue el natural proceso del espíritu que se elevó a lo más tras de haberse elevado a lo menos. La naturaleza y el hombre son dos «espantosos» problemas, pero es mucho más «espantoso» el problema de Dios. Si nos asombra el Universo y su espectador, es decir, el escenario y el protagonista, cómo no nos va a deslumbrar la idea de un ser infinito, sin principio ni fin, sin antes ni después. He aquí la misión trascendental que la patristica echa sobre sus hombros. El neoplatonismo había sido como un regusto de viejas doctrinas. La filosofía antigua había dado de sí cuanto podía dar. La elasticidad del pensamiento tiene un límite. Cuando se llega a él lo mejor es cambiar de elástico. La razón y la fe no son dos enemigos poderosos que se disputan su hegemonía en el cerebro del hombre. A conciliar ambas cosas tiende el esfuerzo especulativo. Pero urge más el encarecer las doctrinas cristianas que el continuo empujar tal cometido. La fe es más fuerte que la razón, por eso la filosofía, que se sirve de ésta, ha de someterse en cierto modo a la teología, cuyo principal fundamento es la revelación. Fácil será que se

equivoque nuestra razón cuando está asistida tan sólo de sus propios medios, pero no se equivocará si la ilumina la verdad revelada. San Ireneo, San Agustín, San Anselmo, con su famoso argumento ontológico, despliegan todas sus fuerzas: creen y entienden. Si la razón no llega con su aliento, la fe sí. La distancia queda salvada; el obstáculo vencido. ¡Qué ejemplo más admirable de sumisión! La ensoberbecida racionalidad del hombre tasca el freno y se detiene, como Bucéfalo bajo el dominio de Alejandro.

II

Los árabes y los judíos introducen entre nosotros las ideas de Aristóteles. Aristóteles es el Sancho de la filosofía. Nada hay en la conciencia que no haya estado antes en los sentidos. Nuestra alma es una tabla rasa: *tábula rasa*. Los escolásticos van a nutrir su escuela con el saber aristotélico. Santo Tomás dará magistral remate a este quehacer. ¿Cómo arquitectura tan fuerte ha de venirse abajo ante la sutil agudeza de Escoto y la piqueta demolidora del franciscano Occan? Los *universales* habían consumido mucho tiempo. ¿Existen los géneros y las especies? ¿Son abstracciones que hacen más cómoda la mecánica intelectual? La declinación de la escolástica — a la que pudo contribuir lo árido y monótono de su forma expositiva — enderezó la actividad del pensamiento hacia otros derroteros: la *charitas* o amor a Dios. Santo Tomás entendía que la contemplación de Dios es un acto intelectual. La mística ortodoxa y la que cae en el panteísmo — Eckart, por ejemplo — pone el amor por encima del entendimiento, como habían hecho ya los voluntaristas. Nuestros místicos y los krausistas, según ha observado Valera, coinciden muchas veces en sus expresiones.

El núcleo filosófico de la escolástica aparece ahora con profundas grietas. Con las escuelas sucede lo mismo que con las civilizaciones, que se vienen abajo a pesar de la robustez que muestran en su apogeo. El proceso biológico es el mismo. Y si lo ciclópeo y duradero de una civilización no aguantan la lima del tiempo, lógico es que una escuela filosófica por bien trabados que estén sus elementos, tengan el mismo fin. ¡Ah, si un pensador estuviera en posesión de la verdad! Pero la verdad es esquiva y no se deja atrapar fácilmente. Sin embargo, no caigamos en la negación del escepticismo. El escepticismo es una comodidad del espíritu, que mediante tal actitud evita toda preocupación filosófica. Un escéptico es un pobre hombre que se sienta a la puerta de su casa, y cuando le dicen que la verdad existe y que hay que buscarla, no se le ocurre otra cosa que cruzar las piernas.

Cuando Descartes establece su *cogito, ergo sum*, el mundo ha experimentado una notable transformación. Se ha hecho trizas la unidad del pensamiento filosófico. La vida es más fuerte que todos los órdenes establecidos por el hombre para interpretarla, organizarla y dirigirla. El espíritu no es como una almendra que se encierra en su cáscara y por este medio se aísla de cuanto la rodea. Simpatice o no con las cosas nuevas que tiene en torno no puede evadirse de su influencia. El Universo

es una fuerza que está desplegándose constantemente. Cada día nos muestra una cara nueva. La historia es una colección de hechos que no nos es posible borrar de la conciencia. El espíritu humano es un espectador de las cosas y de sí mismo, que se ve forzado por propio impulso —el móvil de la curiosidad— a «hacerse su composición de lugar».

Cuando se rompe una determinada disciplina social, surgen las grandes individualidades. El orden es bueno siempre, en cuanto a su finalidad intrínseca, pero no en cuanto a los medios de que se sirve para lograr su objeto. La ley es buena desde el instante que persigue el bien común, pero no todas las leyes lo son en igual grado. Cuando se desmorona un régimen no es fácil salvar tales o cuales principios, que son fundamentalmente buenos, pero que se observaron con evidente torpeza. El polvo de la destrucción oculta los materiales aún útiles, y levantamos el nuevo edificio social con planos sacados de nuestra propia inventiva o rehabilitando ideas y métodos muy distantes de nosotros.

La espada ha roto muchas veces el equilibrio estéril de los pueblos. La tea revolucionaria puede consumir todo o encender las almas para que realicen su ideal colectivo. Los cambios de régimen, el apogeo literario y artístico, los descubrimientos, las guerras, las revoluciones, han abierto siempre anchos portillos en la especulación. Nada hay tan sensible como el pensamiento filosófico para que no denote el impacto del mundo que le rodea.

III

El racionalismo y el empirismo son ahora las dos caras de la filosofía. Unos pensadores, como Descartes, Malebranche, Espinosa, Leibnitz parten en sus especulaciones de su propia conciencia. Otros, como los empiricos ingleses, ponen en la experiencia el cetro de la verdad científica. ¿Qué queda de estos sistemas? La vigencia de las ideas no implica otra cosa que su aceptación más o menos universal. Pero este hecho nada prueba respecto a la verdad de tales ideas. Si hubiese una filosofía que demostrase la exactitud e impecabilidad de sus proposiciones no habría que seguir ya buscando la verdad, como nadie busca la verdad matemática de que dos y dos son cuatro, que continuará siéndolo en tanto no se altere nuestra presente organización mental. Los sistemas filosóficos son convenciones que aceptamos porque nos parecen buenas, pero que el tiempo se encarga de destruir o al menos de desvalorizar. No todas las ideas caducan de un modo definitivo. Las hay que se eclipsan temporalmente; otras cambian mediante la inserción en su propia estructura de nuevos elementos ideológicos, como se modifica la faz de una diana cuando se van clavando en ella nuevas flechas.

Las ideas platónicas aparecen y desaparecen. Plotino, Porfirio, Proclo y Jámblico las rehabilitan. Las aristotélicas tienen las mismas vicisitudes. Raro es encontrar un filósofo tan original, que no puedan atribuirsele determinados antecedentes. Kant los tuvo en Hume y los psicólogos experimentales serían unos ingratos si no reconocieran el precedente de Locke.

El racionalismo es una exaltación de la razón como órgano del conocimiento. La mayor torpeza de los pensadores está en proclamar la idoneidad y superioridad de una potencia respecto de las otras. Los intelectualistas estiman que la inteligencia no es sólo, como quieren los voluntaristas, la antorcha que ilumina el camino, y conceden a la razón todas las prerrogativas. Si se diesen cuenta unos y otros que las facultades del alma no son entidades individuales, como tampoco lo son los atributos divinos, que abstraemos de la unidad indivisible de Dios, para «comodidad» de nuestra comprensión, no existiría tal unilateralidad filosófica.

Los racionalistas, idealistas al fin, desembocaron en las más tremendas situaciones. Berkeley niega la existencia del mundo corpóreo, y Hume, en una exacerbación de las doctrinas de Locke, va a parar al escepticismo, que es de todas las actitudes filosóficas la más decepcionante.

Cuando aparece Kant la especulación está en algo así como en un callejón sin salida. La crítica de la razón pura es el vacío filosófico. Un abismo adonde va a despeñarse la razón. Kant, tras de ver la sima sin fondo por la que ha desaparecido la conciencia del hombre, instituye el imperio de la razón práctica. La moral nos es tan necesaria como el aire y la luz. No seremos capaces de descubrir nunca el sentido íntimo de las cosas, la cosa en sí, pero si somos capaces de establecer el imperativo categórico: es decir, el orden moral.

La exaltación de la razón, como instrumento más adecuado de la filosofía, del deseo de conocer, había tenido antes de Kant derivaciones exageradas. Todo el enciclopedismo francés confirma esta aseveración. La autoridad es un mito: la verdad religiosa, otro. Tal posición de la mente entraña una tremenda frivolidad. Si la justicia en un tiempo de corrupción no puede cumplir honestamente su cometido; ni el bien común de la especie lograrse cuando medio mundo está con las armas en la mano, tampoco la filosofía —que es una ocupación de la mente, llena de gravedad y de señorío— puede realizar su objeto en medio de una sociedad cuyo carácter más significativo es la frivolidad. La corte de Luis XIV tuvo pensadores proporcionados en su esfuerzo a aquel momento histórico. La agudeza satírica de Voltaire y el sentimentalismo enfermizo de Rousseau carecen de la hondura y estabilidad que el pensamiento tuvo en otras épocas.

La tentativa de Tomás Reid de devolverle a la razón con la filosofía del sentido común su soberanía, tuvo un valor relativo. En cambio, la Ilustración primero y la Enciclopedia después, la ensoberbecen y endiosan, hasta el extremo de convertirla en una panacea universal. La filosofía pura, el noble ejercicio de la inteligencia en la busca de la verdad, es ahora alimento de la política y del pueblo. Las revoluciones se nutren y envenenan con el pensamiento que les antecede o que les es coetáneo, y el fracaso de tal filosofía aplicada es más resonante que cuando se refiere a un doctrinal circunscrito al campo de la especulación. Las ideas cuando invaden la mente de una determinada sociedad van indisolublemente unidas a su éxito o a su derrota. De aquí que el endiosamiento racionalista del pueblo francés tuviera la misma suerte que la propia nación sometida a tal experiencia. Mas es innegable que

estos ensayos de aplicación de la filosofía a la mente política y social provocaron el marxismo —materialismo histórico— y el estatismo o exaltación del Estado. Ambas ideas, por caminos diferentes, destruyen una buena parte de los valores humanos. La una convierte al hombre en un sujeto económico —*homo aeconomicus*—, incapaz de toda idealidad: el mundo entero es una lonja de contratación. La otra rompe el espinazo a la individualidad y la somete a la tiranía del Estado omnipotente. Difícilmente se encontrarán dos concepciones más detestables. Los más grandes dolores humanos provienen de estas dos filosofías. El hombre-presupuesto y el Estado-absorción. La lucha de clases y la delicuescencia del individuo. Repasad la historia en la parte relativa al siglo XIX y a lo que va del presente, y veréis cómo se suceden los hechos más ingratos y dolorosos. Formas sociales tan duras como la esclavitud y el feudalismo fueron menos cruentas. La libertad y cualesquiera otras prerrogativas de la dignidad humana no logradas mediante el libre ejercicio del derecho, ocasionaron más sufrimientos al hombre, que todos los excesos del amo y del señor feudal. Vaciar la mente y el corazón de sus virtudes más ricas y llenar una y otro de fórmulas económicas o de sumisión total al Estado, es el pecado más grave que en el orden político-social puede cometer el hombre.

IV

Tres sistemas filosóficos, perfectamente contruidos, pero con la misma ineficacia en cuanto se refiere a la posesión de la verdad —único objeto de la ciencia, cualquiera que sea— suceden a las críticas de la razón pura, de la razón práctica y del juicio. Kant no había formado un cuerpo de doctrina redondamente sistematizado, es decir, sin hueco alguno que llenar, pero hay que reconocer la grande influencia que ejerció en los filósofos que le siguieron.

Fichte parte del *yo absoluto*. Esta conciencia no es el sentido íntimo de cada uno, sino de toda la subjetividad. Y este *yo* es un constante obrar y fluir. Frente al *yo* puesto por nosotros, está el *no-yo*, que es la naturaleza o universo en que estamos sumidos. Schelling, funde ambos contrarios y constituye una identidad trascendente que es lo *absoluto*. Hegel arranca de la *Idea*, en la que todo lo que existe es racional y todo lo racional es real. Su sistema, de una dialéctica grandiosa y subyugante, es la culminación del idealismo. La *Idea*, puesta como principio o fundamento de todas las cosas, por medio de un devenir, de un venir a ser, *feri, werden*, constituye la naturaleza cuando abandona su indeterminación, y el espíritu, cuando se encara consigo misma y tiene propia conciencia de su ser.

¡Admirables concepciones, si no hubiera que meter la verdad en ellas!

Casi paralelamente a este idealismo trascendental y bajo la inspiración de Kant, por una parte, y de la filosofía empírica, por otra, Comte construye su sistema. El positivismo renuncia a la metafísica por considerar inasequible toda verdad fundamental y se limita a estudiar los

fenómenos y sus relaciones entre sí. Es una filosofía comedida, con plomo en las alas, como quería Condillac. Una matemática aplicada, o más genéricamente, una ciencia utilitaria, no habrían permitido la elaboración de una teoría como la einstiana, ni de unos sistemas como los no euclidianos. La metafísica es una aspiración insobornable; un impulso que alienta en lo más hondo de la conciencia y la mueve irremediablemente a buscar la verdad trascendental. Por eso estas filosofías que se contentan con la superficie de las cosas, que no las agujiona el deseo de desvelar misterios, tienen un apogeo corto —cuando no constituyen el modo de ser específico de un pueblo, como el empirismo inglés— si bien la ciencia sabe beneficiarlas.

V

Dos poderosas individualidades aparecen en la segunda mitad del siglo XIX. Generaciones posteriores están llenas de esta resonancia filosófica. La idea del super-hombre y el pesimismo alborotan no solamente la actividad especulativa, sino la literaria. El desgarrado pensar de Nietzsche, su actitud anti-racionalista, que ya tenía otros precedentes, —todo el voluntarismo lo es en cierto modo— agrada a una época desengañada de la autoridad y del dogmatismo. También la filosofía tiene sus lenguaraces, y a las juventudes combativas por desesperanzadas, les atrae mucho un filósofo en jarras y con la lengua expedita. Nietzsche quiere un mundo de semidioses. No desmiente su nacionalidad. Concepción filosófica que con un planteamiento individualista, como en este caso, o masivo, como en el hegeliano, trastornó el cerebro de algunos gobernantes y les hizo fracasar rotunda y trágicamente. La fuerza no puede ser el elemento organizador de la sociedad, su instrumento más eficiente. La humilde sencillez de San Francisco y la caridad ejemplar de Santa Isabel de Hungría no son valores humanos negativos ante la voluntad de poder.

El bien común no es otra cosa que la formulación laica del amor a tu prójimo como a ti mismo, y no puede haber un orden social perfecto si se echan por la borda los sentimientos más hermosos del corazón, como la humildad y la caridad.

Schopenhauer ha llenado de sombras la filosofía. Enemigo de Hegel y continuador en lo substancial de Fichte y Schelling. La voluntad ciega e insatisfecha, el ardiente deseo de vivir, nos empuja sin descanso ni término. La inteligencia es como un guía al servicio de la voluntad. No hay felicidad posible, ya que la satisfacción del deseo equivale a un placer temporal. Apetecer de nuevo e ir en busca del dolor es la misma cosa. El aquietamiento de nuestros impulsos o liberación de cada uno de nosotros respecto de la voluntad operante e incoercible, nos depara la salvación.

Como Lotze ha dedicado a la música páginas admirables. La filosofía de Schopenhauer hubiera influido menos en los pensadores siguientes, sin el estilo insuperable a ratos y de una gran fuerza atractiva siempre, que la singulariza.

VI

No es posible, dados los angostos límites en que nos movemos, extender nuestra consideración a otras figuras relevantes del pensar especulativo. Los dos caracteres fundamentales del siglo XIX, dentro de esta disciplina, son el empirismo y el naturalismo, como reacción de la mente contra la filosofía idealista. Se cruzan las fronteras del *yo*: centro o eje del discurrir filosófico anterior, y se penetra a fondo en la naturaleza. La *fisis* que los griegos sometieron a graves maceraciones del espíritu, en un deseo bien justificado de aprehender la verdad, toma nuevas posiciones estables en la filosofía. Herbart sostiene que todo lo que se siente existe. Cree, pues, en un mundo real. Las sensaciones son referencias a esa objetividad que nos rodea, y aun cuando no penetremos la íntima estructura de las cosas, tan pronto nos enfrentamos con ellas, podemos, mediante los fenómenos que nos brindan, llegar a descubrirla. Feuerbach niega la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Es un filósofo corto de vista, como cuantos formaron filas en el materialismo: Molescott, Vogt y Büchner. La especulación conceptual, los contenidos de conciencia, han sido desterrados de esta filosofía que se atiene tan sólo al mundo físico de los sentidos. Una matemática aplicada «a echar la cuenta de la plaza», es esta ciencia filosófica desentendida de los problemas centrales del conocimiento.

Los ingleses, que han tenido poetas tan grandes como Shakespeare y Milton, y que en el siglo XIX redoblan sus lauros con los líricos del romanticismo, nada quieren saber que no sea de un valor esencialmente positivo. La metafísica es una quimera irrealizable. Sólo la experiencia, la inducción pueden llevarnos al conocimiento de las cosas. Lo que está *ahí*, delante de nosotros, el mundo real con sus hechos reiterados debe ser el objeto de la ciencia. Las leyes establecidas o que establezcamos, deducidas de la realidad, deben ser las únicas normas del saber, aun cuando la reiteración de los fenómenos físicos ninguna garantía constituyan respecto del futuro. Esta es la posición filosófica de Stuart Mill y de Bentham. No son pensadores puros. Sienten la llamada de lo útil. Toda la actividad humana debe dirigirse al logro de la felicidad. Cuanto mayor sea el número de los dichosos, más seguros estaremos de la eficiencia de los métodos empleados.

VII

Spencer funda su filosofía en la evolución. La materia y el movimiento son los dos pilares de su pensamiento especulativo. Existe una ley universal: la fuerza, que sigue dos procesos: la estabilización y la disolución, que en un constante sucederse cíclico representan el imperio absoluto y sin fin de la energía.

La especulación inductiva, equidista, por decirlo así, de la filosofía idealista y del empirismo. No es, ni con mucho, un retorno al *yo* de Fichte, a lo *Absoluto*, de Schelling, o a la *Idea*, de Hegel, mundos de la

conciencia de donde salen todas las cosas; pero está muy lejos del naturalismo, con sus fronteras cerradas a la menor evasión del espíritu metafísico. Lotze, Hartmann y Wundt son las figuras más relevantes de esta nueva actitud filosófica. El empirismo les sirve de base para la concepción de una metafísica de la inducción. De unos profesores cargados de experiencia técnico-literaria, pero faltos de inspiración creadora, no cabe esperar buenos poemas. Este razonamiento tiene ahora una gran vigencia. Tampoco puede esperarse de naturalistas como Haeckel y Ostwald —zoólogo el primero y químico el segundo— una verdadera concepción filosófica. Son pájaros sin alas, que recorren toda la selva, pero sin elevarse sobre ella.

El empirismo, el positivismo, el naturalismo, no satisfacen sino a medias el deseo de saber. Son modalidades de un filosofar desmedrado y alicorto. Cuando los pensadores se conforman con tan poco, hay que abandonarlos. La metafísica no ha resuelto nada de un modo rotundo; pero siquiera es hermoso el impulso que la mueve. Va con sus banderas desplegadas en busca de la verdad trascendente. Las doctrinas de la experiencia tienen una acción muy reducida. Se limitan a examinar los hechos, establecer sus relaciones, aplicar la fuerza que contienen. El utilitarismo y el pragmatismo adolecen de igual superficialidad filosófica. Aprovechémonos de las ventajas de nuestro saber. Todo cuanto nos depare el éxito es bueno. La meta de nuestras aspiraciones es la felicidad temporal. Aun cuando estas ideas hayan tenido pleno desarrollo en el siglo XIX, los hedonistas y epicúreos griegos, habían profesado ya tal doctrina.

El fenómeno contrario no podía tardar en producirse. ¡Qué pronto el hastío se apodera del hombre entregado a todos los placeres! Las lenguas civilizadas tienen siempre más de una voz para expresar esta situación del ánimo. Y el hastío del placer nos hace buscar otros caminos luminosos e inefables. También se hastía el pensamiento cuando se ve encerrado entre los límites inexorables de la materialidad de las cosas. La ciencia empírica, el saber utilitario nos envilece un poco. De las dos posiciones diametralmente opuestas, preferiré siempre la metafísica pura. Hay mucha más poesía en las ideas innatas de Platón, que en el empirismo de Aristóteles. La poesía verdadera no se contenta con la superficie de las cosas o de los sentimientos, sino que intenta penetrar en lo más íntimo y duradero de sus fuentes de inspiración. Y la Metafísica, como la Matemática y la Moral, buscan también la belleza de la verdad. Platón, San Agustín, el Doctor Angélico, Kant, Schelling, Hegel, son poetas de lo bello intelectual, aun cuando la sistematización de sus doctrinas no encierre la verdad. Sólo el intento de poseerla es bello, como es bella la idea de sumirse, sin transmutarse, en la esencia divina, aun cuando no se logre tal deseo.

VIII

El antecedente más claro de Husserl y su fenomenología, fue Brentano. La intencionalidad del uno y las significaciones del otro están li-

gadas estrechamente. En la filosofía como en el arte, cualquiera que sea la modalidad que adopte al realizarse, es raro encontrar una idea o un sentimiento que no tengan su antecedente. El autor de *El origen del conocimiento moral*, con sus agudas aportaciones al acervo común de la filosofía, facilitó el camino de los que vinieron después. Brentano no es un pensador que nos atraiga, como Nietzsche y Schopenhauer por el hechizo del estilo. Su pensamiento, de trabazón muy sólida, toma del lenguaje lo preciso para manifestarse. Más adelante Scheler, que en su estimativa o ciencia de los valores —lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo verdadero y lo falso, etc.— denotó la influencia de Brentano, sigue el ejemplo de los grandes pensadores que no desdeñaron la retórica. Sus libros están llenos de bellezas de fondo y de forma. La desnudez discursiva del austriaco es ahora fluidez y elegancia. La *Ética* de Hartman corresponde también a esta doctrina de la estimación de las cosas emparejadas por su opuesta significación.

Kierkegaard con su filosofía de la angustia produjo una honda perturbación intelectual. La angustia, ya se la mire como elemento estético, ya como objeto de meditación filosófica, tiene un valor esencialmente patético. El proceso de esta doctrina llega a conclusiones diametralmente opuestas. Mientras Kierkegaard, creyente, retorna a Dios, única salvación del hombre sumido en la negra culpa del pecado, existencialistas como Sartre, desembocan en la negación absoluta, o lo que es igual, en el ateísmo.

La decadencia de Occidente, fue obra muy leída y comentada en su tiempo. Spengler demostró a través de aquellas páginas un fino sentido crítico, gran suma de erudición y un poderoso incentivo literario. Pero aunque la historia sea un valioso elemento al servicio de la especulación, no tiene carácter dirimente en la esfera filosófica. La historia es el espejo de una cultura, mas la verdad puede estar en él o fuera de él. El escepticismo nos lleva irremediamente al pesimismo, como la sed al agua y el calor a la sombra, porque negarle al espíritu la posibilidad de encontrar la verdad objetiva, es encerrarlo en la caverna oscura de su impotencia.

IX

La filosofía irracionalista, que yo llamaría anti-racionalista, porque la otra denominación me lleva sin querer a esa parte del mundo orgánico, como por ejemplo, el Rucio de Sancho, que nada tiene que ver con la especulación, es objetable, como su polo opuesto: el endiosamiento de la razón.

Los irracionalistas son tan inconsecuentes como los escépticos. Se sirven de la razón a cada paso y la menosprecian. También los escépticos, a pesar de su filosofía hacen afirmaciones rotundas, cuando lo más discreto sería renunciar a la especulación.

La vida está llena de estos contrasentidos que disgustan profundamente al hombre serio y hacen sonreír al comprensivo.

Pascal, primero y más tarde Comte, han hablado de la razón del co-



NUESTROS ARTISTAS. — Cántaro de cobre repujado. Eulogio Blasco.

razón. Pero lo más curioso es que el fabulista Miguel Antonio Príncipe, en *El Entreacto* de 1.º de Diciembre de 1839, refirióse también a la lógica del corazón. La sensibilidad tiene su mente, y la mente su sensibilidad. Como la voluntad tiene su intelecto, y el intelecto su voluntad. Quien ha visto con claridad meridiana todo esto, ha sido Goethe al decir que las facultades animicas constituyen una unidad e intentar separarlas, como separan a dos hermanos siameses, es una pretensión disparatada. También abstraemos de Dios sus atributos, para facilitar nuestra comprensión, sin embargo, la individualidad del ser divino es una verdad metafísica que se impone a nuestra conciencia.

La corazonada, el golpe de vista, el tenazón de los cazadores erigido en órgano del conocimiento o poco menos. Y perdonadme este lenguaje tan excesivamente pintoresco, pero he querido hacer de este modo más plástica la idea.

El intuicionismo no es más que eso: una mente y un corazón que van en busca de la verdad. Bergson ha escrito en tal sentido páginas admirables. Cuando el talento y el arte se juntan para realizar un determinado objeto, hay que echarse a temblar. Sin embargo, la *Evolución creadora* pasó como pasó el *Discurso del método* y la *Crítica de la razón pura*. Qué desconcertante es para un lector de buena fe el ver cómo se abomina de lo conceptual y no se hace otra cosa que emplear conceptos a cada paso. Esto me recuerda a aquel sujeto que echaba pesetas de la moneda, como instrumento de cambio, y llevaba llenos de monedas todos los bolsillos. Por muchos esfuerzos que he hecho siempre para intentar reconocer la validez del intuicionismo frente a los conceptos y las palabras del otro hemisferio de la filosofía, nunca he adelantado nada. Yo me explico la intuición como un golpe de vista de la razón, como un salto de ella, pero no como algo que se produce a sus espaldas, es decir, fuera del círculo de sus operaciones. Por otra parte, la filosofía del *elán vital* tiene algunos matices esencialmente pragmáticos y es descorazonador que una concepción tan bella como ésta, se ponga al servicio de lo que nos conviene. La verdad objetiva, nos agrade o no, nos beneficie o no, ha de ser el único fin del entendimiento. Y hay que pensar forzosamente, de no echar por la borda la recta mentalidad creadora de Dios, que toda verdad es buena y ha de convenir al hombre. El pragmatismo es una filosofía de ventanilla de Banco, por la que sólo entra y sale lo que al Banco conviene, aunque la verdad discursiva y la verdad moral estén en desacuerdo con tales prácticas bancarias.

X

Heidegger torna a la angustia de Kierkegaard. El sujeto de su filosofía es el hombre y el escenario en que desenvuelve su acción dramática. La existencia es un ir hacia la muerte. Este proceso sentimental de la especie humana lleva siempre al lado, paralelamente, el espectro de la angustia. El existencialismo de Heidegger tiene un rango filosófico que no encontraremos fácilmente en otros pensadores afines.

La historia en manos de Dilthey, como en las de Spengler, y antes en las de Hegel, se revaloriza. Es un elemento utilísimo para la filosofía. El acontecer universal suministra al pensador muchas ideas, y la historia es la narración de tal suceder. Interpretar bien todo el material histórico, juzgar oportuna y sagazmente la vida de los pueblos, su mentalidad, documentos, realizaciones, costumbres, vicisitudes, etc., es camino que puede conducirnos al ápice de la especulación.

XI

Bien quisiera exponer sucintamente, antes de dar por terminada esta breve reseña filosófica, las doctrinas de otros pensadores como Eucken, Windelband, Rickert, Cohen, Weininger, Rathenau, etc., pero no puedo hacerlo en los estrechos límites que me he trazado. Omitir los nombres de Balmes, Unamuno, Ortega y Gasset y Zubiri, sería mostrar una desafección hacia estas celebridades, cuando por el contrario he sido y soy devoto lector de sus obras. Pero estimo que más que filósofos son pensadores.

Hay catedráticos de literatura que componen versos, pero que no son poetas. También hay profesores de Filosofía, que filosofan, pero que no son filósofos. La filosofía exige la sistematización de las ideas. Los atisbos geniales, la agudeza de pensamiento, la elegancia de los conceptos y de la elocución, la metáfora deslumbradora no configuran una personalidad verdaderamente filosófica, aunque nos atraigan y subyuguen.

¿Qué enseñanzas hemos obtenido a lo largo de este resumen histórico de la filosofía? Las escuelas y los pensadores solitarios, independientes, presentan su verdad, las cuales no sólo difieren entre sí muchas veces sino que son abiertamente contradictorias. ¿Qué abismos no cabría establecer entre las ideas innatas de Platón y el empirismo de Aristóteles: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*; entre el panteísmo de Espinosa y la llamada filosofía perenne, por ejemplo, Santo Tomás? Los gnósticos creen que el entendimiento humano es incapaz de conocer la verdad. Los escépticos, contradiciéndose fundamentalmente al afirmar, desconfían de la eficacia de toda ciencia, puesto que los saberes son convenciones universalmente admitidas, pero no serie de verdades ciertas. El idealista se construye un mundo interior y nada quiere oír que no sea la voz de su propia conciencia. La realidad externa no existe para él. La crítica demoledora de Kant proclama cuán inasequible es el ser íntimo y soterrado de las cosas. Los naturalistas desdeñan todo saber apriorístico y no se fían más que de los fenómenos físicos, de la ciencia experimental. El pragmatismo busca lo que le conviene. Los intuicionistas detestan la razón, abominan de lo discursivo y conceptual, porque son vanas fórmulas engañosas, incapaces de canalizar el ímpetu vital. Los racionalistas se endiosan y ensobrecen al creer que no hay más antorcha que la razón. El materialismo histórico es más una teneduría de libros que un sistema filosófico. Las ideas suelen tener corta vigencia. Unas veces prosperan e inclu-

so triunfan estrepitosamente; otras se hunden o eclipsan para volver a aparecer, no en su pristina pureza, sino mezcladas con otros elementos de nuevo cuño. La inventiva humana, el esfuerzo penetrativo del hombre, el ojo interior con que mira las cosas tiene sus límites. Pocas son las ideas verdaderamente originales. Si nos pusiéramos a contarlas quizá nos sobrase algún dedo de las manos. Las realizaciones estéticas, por ejemplo, como los pronombres relativos, tienen siempre su antecedente. La novedad nos tienta porque es una evasión del *yo*, que encerrado entre las cuatro paredes de su potencialidad discursiva, encuentra de pronto un resquicio por el que escapar de su prisión. La ciencia, que va muy despacio en sus conquistas, porque acomoda el propio paso al ritmo de la experiencia, y que no siempre se alía con la poesía para emprender nuevas actividades creadoras, no está segura en todo instante de la firmeza del suelo que pisa. La verdad verdadera ha de ser forzosamente como un elemento simple; en cambio, la verdad aparente, que es la más generalizada, es como un elemento compuesto, cuya parte integrante es el error. Se ha hablado ya de la bancarrota de la ciencia, y no estaría demás que se hablase, porque esto es más positivo aún, de la bancarrota de la filosofía. ¿Cómo puede aceptarse en serio la teoría de Ptolomeo sobre la Tierra? ¿Por qué se bambolea hoy el famoso postulado quinto de Euclides, ineficaz en determinadas circunstancias operantes? ¿Qué valor científico debe atribuirse a la alquimia de la Edad Media respecto de la búsqueda de la piedra filosofal? Las leyes más seguras pueden tener un fallo cualquier día. ¿Quién se atrevería a responder de la verdad que encierran? El hombre, como consecuencia del pecado original es un ser desvalido; sus esfuerzos son limitados, su ciencia equívoca. El deseo de saber, que es como una permanente combustión de su alma, está en manifiesta desproporción respecto de sus facultades cognoscitivas. Ese incendio de su mente y de su corazón es el vestigio más claro de su pasada grandeza.

XII

Cualquiera que lea estas páginas pensará que soy un escéptico y un pesimista. No hay tal cosa. Del fracaso del pasado no puede deducirse el fracaso del futuro. ¿Qué tiempo lleva el hombre sobre la tierra para desesperanzarse respecto del conocimiento de la verdad? ¿Qué tiempo tiene por delante? Las posibilidades humanas aumentarán sin duda alguna con el progreso de las ciencias y el consiguiente aguzamiento del espíritu, y podrá llegar un día en que conozcamos la verdad o en que estemos de ella más próximos que ahora, pero éste no será el camino de nuestra salvación. Cualquier *Flos santorum*, con el humilde perfume de las más hondas virtudes, supera en hermosura al sistema filosófico mejor construido. Una noche me soñé con dos almas que estaban a las puertas del Cielo: la de un sabio y la de un hombre ejemplarmente bueno. «Aun te falta que aprender muchas cosas» —oi que le decían al sabio—. «Pasa», —dijéronle al hombre bueno—. La bondad está por cima de todo. Lo he dicho ya en ocasión muy grata para mí y lo voy a

repetir ahora con las mismas palabras. Los voluntaristas ponen el amor sobre el entendimiento. En el arte el corazón está sobre todas las sutilezas de la mente. De Dios abstraemos el atributo de su bondad infinita, y los santos, porque son buenos se elevan más allá que los sabios, y los pensadores, y los hombres de ciencia, y los héroes, y los artistas. Un santo es un poema vivo de belleza moral; una apoteosis del corazón sobre todos los enemigos que le rodean. Ya veis que hermosa es la bondad. Está en Dios como un manantial que no se agota nunca, como una brasa en la que va a quemar sus alas el espíritu humano, para sumirse, sin trasmutarse, en la esencia divina, y está empequeñecida y diversificada, pero está también en nuestras acciones. Todo mi bagaje cultural, logrado en tantas vigiliias y en la galera de un duro esfuerzo autodidáctico, lo cambiaría por el tesoro de la bondad.

PEDRO ROMERO MENDOZA

PENSAMIENTOS

No es una cualidad laudable en la mujer sabia, pero sí un defecto gravísimo afectar el parecerlo.

LA FONTAINE

* * *

Vivir con los padres significa vivir en una casa donde se nos puede obligar a salir de una habitación.

BERNARD SHAW

* * *

Cuando hayas comprendido que no debemos tratar de comprender, habrás comprendido todo lo que hay que comprender.

LES TAMPION

* * *

A cada cual sólo le hiere el destino del que no supo hacerse dueño; toda derrota encierra en sí una significación y una culpa.

STEFAN WEIG

NUESTROS CLASICOS

A las lágrimas de una dama

(ROMANCE)

Ignorando su valor,
desperdicia, Anarda, perlas,
quien duda que valgan mucho
lágrimas que tanto cuestan.

¡Que codicioso Cupido
se ha desatado la venda
por no perderlas de vista
cuando llegase a cogerlas!

Alguna esperanza tiene,
pero poco la consuela
un alivio en esperanza
y en posesión una pena.

¿Quién vió padecer a un ángel
y quien llorar las estrellas?
Milagros son del amor,
maravillas de la ausencia.

Del olvido de su amante,
¡que dulcemente se queja!
No fuera tan linda Anarda
si desgraciada no fuera.

Viendo Clori tan continuas
en su hermosura las perlas,
consolando su pesar
de esta suerte la aconseja:

(ESTIBILLO)

No derrames aljofar
divina Anarda,
que hará amor granjería
de tu desgracia.
Si las perlas malogras
Anarda bella,
codicioso Cupido
te dará penas.
Si el amor a tu amante
le hace grosero,
prueba a hacerlo advertido
con darle celos.

Catalina Clara RAMIREZ DE GUZMAN